

Nº 595
7
Marzo
2022
Lunes



Imperialismos

Enrique del Pino

Por historia, por cultura, porque gran parte de los siglos Rusia ha actuado siempre en el esquema político-económico que ha caracterizado a Occidente, porque su capital, Moscú, remite a episodios que nos son comunes, incluso por haber participado en la II Guerra Mundial en el bando aliado, propendemos a pensar que este gran país forma parte de Europa. Pero no es así. Al menos no lo es enteramente. Quizá debiéramos aclarar este punto. Claro está que este es un artículo de opinión, lo que me invalida para impartir cátedra, pero si se observa que Rusia es un interminable cinturón estepario que ocupa todo el Norte del continente asiático se verá que es mayoritariamente continental. En rigor es Asia. Sus inmensos territorios ocupan en su mayor parte, tal vez en un noventa por ciento, la placa que comparte, en buena medida, con la China conocida. Es una simple anotación, que bien podría ir a pie de página, pero conveniente para ilustración de quienes no se



atreven a salir de la caverna de las sombras, donde la verdad solo resplandece, aunque cuesta. Pero vamos al Imperio.

Fuimos educados bajo premisas imperialistas. Se nos dijo que desde Babilonia hasta Roma el mundo tuvo por dueños a los señores de la guerra, modo directo de acometer empresas grandiosas,

que los historiadores se han encargado de glosar: Ramsés, Alejandro, César... Había que tenerlos bien puestos para hollar aquellas tierras, las más veces hostiles, donde para pisar había que contender con armas en mano, donde el riesgo acompañaba a las puntas de las espadas y las lanzas. Así caminamos durante siglos, hasta que llegaron los oscuros, que no lo fueron tanto como se nos han descrito, y gente que llamamos bárbara se encargó de mostrar que el mundo no les era prestado, sino que también tenían cédula para su dominio. Según algunos estudiosos fueron tiempos felices, más para unos que para otros, sobre todo felicísimos para los llegados de los desiertos. En una sociedad mediatizada por la religión los seguidores del aquel santón, imperialista a su manera, impuso su ley y años ha que incuba una fuerza que nunca se sabe dónde hincará sus colmillos. Por cortesía, quizá porque operaron

fuerzas revolucionarias, un minúsculo conglomerado de tierras –todavía no se llamaba Europa– puso punto y aparte a aquellas jornadas extrañas, hasta que apareció España.

Porque fuimos nosotros los que desdoblamos el mundo conocido y trajimos a la civilización el imperialismo galopante. Sí, después de siglos de avituallamiento doméstico, sin hacer ruido, con solo una cruz y unos barcos descubrimos otros imperios, tal vez rudimentarios, pero sedientos de sangre y necesitados de asimilación. Sí, el imperialismo, que venía de antiguo, cobró hechura y la bola del mundo pareció hasta más manejable. Y lo fue, al menos hasta que llegaron los advenedizos, con sus flotas y sus gorros, y de un montón de cadáveres hicieron un mercado persa, donde medraron. Los franceses les siguieron y hasta dieron pasos en América, que anhelaba la antorcha. Y, finalmente, llegamos al xx, donde unos cuantos aventureros con menos talento que ganas crearon fantasías a mil años vista, que apenas les duró una docena. Esto no solo sucedió en Europa sino también al otro lado del mundo, en Japón. Seis años necesitamos para destruir esa quimera. Había que estandarizar el asunto. Si debían existir en adelante, unas bombas que llamaron atómicas



bastaron para centrar los gabinetes. Dos, solo dos, y ya eran muchos, los imperios, para repartirse el botín, que con sus miedos y temores fueron los encargados de mantener la tienda abierta, para que todos comprásemos a placer y las colas y esperas estuvieran más o menos controladas. Pero ya había llegado el XXI y con este las epidemias, los G7, los Soros, los magnates y los Putin. A propósito, ¿quién era Putin?

Lo era y lo es. A primera vista parece un mercenario entrenado para servicios especiales, pero a segunda resulta que lo es ciertamente. Una especie de aspirante a dueño de vidas y haciendas, que dado el momento crítico en que se encuentran los países, y advertido de la debilidad de la mayor parte de ellos, y seguro de tener en sus manos los estudios de posibilidades necesarios para confiar en el éxito de sus planes, arremete contra el que fuera antaño su granero al Sur, so excusa de peligrosas adhesiones a pactos no deseados. El método elegido ha sido la invasión, que en ciertos círculos llaman agresión. Ucrania es un país soberano que está siendo masacrado por tropas escandalosamente superiores, sin que el resto del mundo libre haga nada. Por supuesto que se han tomado medidas económicas contra Rusia, justamente las que el sátrapa tenía previstas, pero nada más. Y a nosotros, que somos observadores silenciosos de esta realidad asombrosa, apenas nos llega la camisa al cuello solo sea por recordar que hace poco menos de un siglo a otro animal de talla semejante hubo que perseguirlo hasta el búnker que se había fabricado bajo tierra, donde pudieron echarle el guante cuando ya era un montón de cenizas. Era otro imperialismo ritual, qué le vamos hacer.

De ninguna manera se trata de repetir la historia, pero hay que buscar antecedentes. Los tenemos, para la desgracia colectiva. En la década de los veinte

de este siglo alucinante ya tenemos millares de personas por los caminos de Europa, pidiendo casa y comida, cuando no asilo, mientras los mandatarios de países muy civilizados se reúnen un día tras otro para decidir qué benéfica gabela le vamos a quitar a los rusos para que abandonen el territorio invadido, porque otra cosa... ¡Sí, tropas! ¡A quién no se le había ocurrido! ¿Qué mandatario tiene lo que hay que tener para exponer la vida de sus soldados en un terreno pantanoso, y que luego se los devuelvan en cajas de pino? No es posible. Como no lo era antes de Dunkerque, como no lo fue antes de Normandía, como nunca lo fue en Stalingrado... ¡Stalingrado! Ay, que alusión. Este Putin tiene la memoria hundida en aquellos días, que no vivió, pero le han contado, cuando los órganos de Stalin iniciaron su melodía victoriosa sobre un ejército cuyo general ya había decidido entregar las armas.

* * *

Incultura de defensa

Manuel Parra Celaya

En mi acostumbrada y apresurada revista de prensa diaria –en la que, tal como está el patio, volqué mi atención a los asuntos internacionales– me llamó la atención un titular: «*Los españoles, los menos dispuestos a tomar las armas*» (*ABC*, 1 de marzo); según una encuesta de Gallup Internacional de 2015, solo un 21% se mostraba partidario de defender al territorio nacional en caso de guerra. Y, transcurridos siete años, me da la impresión de que este porcentaje no ha experimentado mucha variación...

Poco tiempo atrás, en una de mis clases de Instituto –y no recuerdo con qué tema estaba relacionado el asunto– formulé idéntica pregunta a mis alumnos,



sin ánimo estadístico alguno, por supuesto; solo dos o tres de los treinta adolescentes que tenía ante mí afirmaron que, en una situación límite, acudirían a la defensa en caso de invasión de España por un hipotético enemigo; el resto respondieron que *huirían, marcharían a otros países o vivirían bajo el supuesto invasor*. Por lo tanto, no me ha sorprendido

excesivamente la noticia mencionada, relacionada, claro, con la invasión de Ucrania.

La cuestión de fondo es que llevamos muchas generaciones sobre las que ha caído, inmisericorde, la prédica del *pacifismo* a ultranza; entendámonos, no una *educación para la paz*, que es lo deseable, sino la absoluta renuncia a una guerra. Como contraposición, dicen los medios que crece la violencia en las actitudes de los jóvenes, la mayoría de las veces de forma irracional.

Afortunadamente, estas generaciones no han estado inmersas en una guerra convencional (otra cosa es el terrorismo); todo lo más, han sido testigos lejanos –a lo mejor, ni eso– de guerras televisadas, foráneas, protagonizadas por

personas de otras latitudes, extrañas a nosotros. Todo lo más, el sector más politizado (que es mucho decir) se sintió atraído a manifestaciones cuyo eslogan era el negativo «*No a la guerra*», sin entrar en reflexiones sobre las condiciones necesarias para la paz; paradójicamente, triunfan entre la juventud



los videojuegos modernos, en los que, en lugar de marcianitos, puedes disparar sobre figuras humanas virtuales.

Aunque suenen a tópico, no puedo menos que traer a colación unas palabras escritas por D. José Ortega y Gasset en 1937, en París, que llevan por encabezamiento y título «*En cuanto al pacifismo*»; recomiendo la lectura íntegra del texto orteguiano, por más que, con la mentalidad actual

y la manipulación ideológica imperante, pongan a alguno los pelos como escarpas; solo copio un breve párrafo:

El enorme esfuerzo que es la guerra solo puede evitarse si se entiende por paz un esfuerzo todavía mayor, un sistema de esfuerzos complicadísimos y que, en parte, requieren la venturosa intervención del genio. Lo otro es puro error. Lo otro es interpretar la paz como un simple hueco que la guerra dejaría si desapareciese; por tanto, ignorar que, si la guerra es una cosa que se hace, también la paz es una cosa que hay que hacer, que hay que fabricar, poniendo a la faena todas las potencias humanas.

La conclusión que saco ahora es que, en España, no solo falta una adecuada *educación para la paz*, sino especialmente lo que se llama una *cultura de defensa*; dicho de forma más rotunda: estamos inmersos en una total *incultura de defensa de lo propio*.

Se pudo ya advertir cuando el presidente Aznar *dejó en suspenso* (¡qué curioso eufemismo!) el derecho y la obligación constitucional de defender España (artículo 30.1); y cuando las filas del nuevo ejército profesional se llenaron de magníficos hispanoamericanos, por escasez de españoles. Creo que la situación ha variado algo en la actualidad, pero nuestro potencial de soldados está muy por debajo de las exigencias de la OTAN; la creación de los *reservistas* no fue más que un parche para engrosar los números de efectivos.

La responsabilidad de esta manifiesta *incultura de defensa* está, en primer lugar, en los guías ideológicos de la sociedad, políticos *antimilitaristas* o bobalicones y educadores al uso; además de inculcar ese *pacifismo buenista*, han ido haciendo tabula rasa de una serie de valores que, sin embargo, sí parecen estar presentes en otras naciones de nuestro entorno: patriotismo, solidaridad, abnegación, disciplina, honor... Fijémonos que son valores que encarnan los Ejércitos y que no estaría de más que tuvieran su reflejo en toda la sociedad.

Es evidente, por otra parte, que esta sociedad está adormecida por los efluvios posmodernistas del relativismo y el hedonismo: «*cultura de vacío, cultura*

light, fragmentada, débil, de la banalidad...» (E. Gervilla Castillo: *Educación en la posmodernidad*).

Las Fuerzas Armadas han asumido el papel que les vienen asignando los políticos, sin forma alguna de iniciativa que suture la inmensa fractura existente entre ellas y la sociedad civil; compárese, si no, las *culturas de defensa* existentes en otras naciones europeas, donde, por ejemplo, se promocionan y apoyan las asociaciones cívico-militares, formadas por antiguos soldados y por defensores de las virtudes militares, como *población ya ganada* que puede actuar como fermento social para el conocimiento y cariño hacia los Ejércitos.



Ojalá nunca esta España de hoy se vea inmersa en una tesitura bélica, y este deseo no solo responde a una propensión natural a vivir una existencia pacífica, sino a las dudas del comportamiento social, centrado, que sepamos de momento, en ese 21%. Claro que la historia da muchas vueltas y tenemos ejemplos sobrados en nuestra historia en los que, en momentos tan o más decadentes que el actual, el pueblo español ha recuperado su *genio* atávico. Lo malo es que una de esas sorpresas adquiriera el carácter de *defendernos unos de otros*, del que también tenemos lamentables muestras históricas.

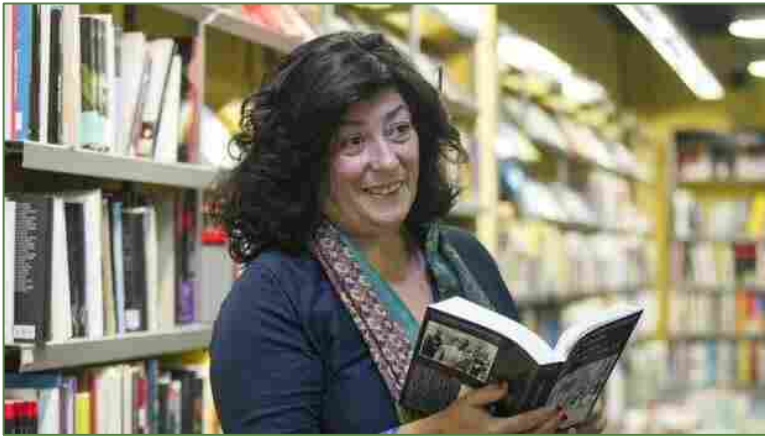
* * *

Socialismo ferroviario

César León de Castro (*El Correo de España*)

Irrumpe en la actualidad del día, como una hez de paloma caída desde las alturas gubernamentales en la alopecica testa española, la noticia de que la estación de Atocha va a ser renombrada como Atocha-Almudena Grandes, por apetencia y correspondiente dedazo de la titular del Ministerio de Transportes, una tal Raquel Sánchez, sustituta de Torrente-Ábalos. La idea forma parte de un plan más ambicioso que pretende añadir a las estaciones de tren de distintas ciudades (pasándose por el forro democrático la aquiescencia de tales municipios) los nombres de mujeres dizque excluidas por el historicismo heteropatriarcal, que sólo exhibe varones en sus apollilladas galerías: «Se trata de visibilizar el compromiso del Gobierno con la igualdad de género. Asignaremos nombres de mujeres a las principales estaciones del país, en un gesto cargado de simbolismo para recordar el nombre de mujeres que en muchas ocasiones la historia ha invisibilizado», ha declarado solemne de idiocia la ministra transportista con repentinas ínfulas de André Malraux.

Muy invisibilizada que digamos no ha estado Almudena Grandes, la gran pa-pisa de lo progre cañí durante los últimos treinta años de la vida española, en los que ha disfrutado de todo tipo de atalayas para estragarnos con sus ideas literarias de texto escolar de la Segunda República. Este gran plan quinquenal de socialismo ferroviario (iluso o loco el que haya pensado que el título de este artículo aludía a medidas aliviadoras de los precios actuales de Renfe, los más exorbitados de su historia) no es nuevo, sino que ya ha perpetrado horteradas más sutiles pero igual de absurdas como el añadido de «Clara Campoamor» a la estación de Chamartín, o de Guiomar a la de Segovia. Guiomar, o sea, Pilar de Valderrama (¿no es un machismo que se escoja el nombre machadiano en vez del suyo real?) era madrileña, pero Irene Montero supon-



drá que los segovianos la sienten como paisana por haber estado en relaciones con Antonio Machado, que tampoco era segoviano, pero como si lo fuera, ¿no?, que dijo, excusándose, Pedro Sánchez cuando habló de Soria como la cuna de Machado. En fin, su-

tilezas fascistas.—Lo primero que nos ha apetecido tras enterarnos de la boba noticia es ciscarnos, a lo Eduardo García Serrano, en semejante cenutria, insulsa y perniciosa políticastra, y en su cateta ocurrencia. Pero después de haber domesticado el instinto y la violencia que emanan del sentido común estuprado por la férula de un poder sátrapa e iracundamente bárbaro, nace preguntarse por qué la principal estación de transporte de media y larga distancia de la capital de España ha de ver manchado su sobrio nombre tradicional por añadirle arbitrariamente, con una arbitrariedad nominalista propia del régimen del que abjura el negociado progre, el nombre de una generadora de odio y división como lo fue Almudena Grandes, que a un talento literario absolutamente inane unía una cosmovisión de mayor caquexia que la que adolece la facha del pobre Echenique. La respuesta es, no obstante, de una sencillez aplastante, pues la finada, como todo el mundo sabe, reunía con paradigmática entidad los méritos que más pondera el Gobierno. Esos méritos no tienen nada que ver con su literatura o un supuesto madrileñismo que hace que los huesos de Galdós, de Umbral y de otros grandes y genuinos cultivadores de lo madrileño convulsionen en su tumba. Los méritos se reducen dos: ser mujer y ser una miliciana dogmática de las ideas que mandan, ejerciendo durante décadas el papel, en eso que llaman mundo de la cultura, de machaca soviética de todo lo que se moviera a la siniestra de Franco, que para ese mundo o inframundo es todo lo que no se diga explícita e histriónicamente izquierdista. Lo que efectivamente haga tal izquierda no importa tanto, pues la izquierda de este país es protestante, la fe en la izquierda -y no el celo en las obras- es lo que emplea como termómetro de su creencia.

Resulta asombroso constatar cómo se cumple el apotegma de Toynbee hasta en una época tan presuntamente iconoclasta como la nuestra: toda élite tiene la necesidad de erigir ídolos que la legitimen, y con los que confundirse. En la elección de los nuevos ídolos se revela el gusto y la clase, o la bajeza y la amoralidad, de una élite y sociedad dadas: ese ídolo es el valedero que la élite elige para justificarse ante sus mandados y ante la propia Historia. No es baladí la cosa. Al margen de la arbitrariedad y la absurdidad de la medida, Almudena Grandes es un personaje de extraordinario consenso para un régimen de poder cultural y simbólico muy definido. En ese sentido, Grandes resulta tan buena metáfora humana e intelectual de la sociedad que la ha encumbrado como Víctor Hugo lo fue, en su día, de la suya. Desde ese punto de vista no podemos quejarnos de la elección: Grandes es un muy fiel reflejo de nuestra nada.



La técnica de ingeniería social consistente en modificar el nombre tradicional de las cosas no es invención de las lumbreras que gobiernan. En su Viaje por España, Gautier narra su visita a un pueblo castellano en el que pudo presenciar cómo unos mozos borraban el letrero PLAZA MAYOR para escribir PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN. Eso es el liberalismo en España, yeso sobre granito, escribe el agudo y romántico Gautier. Eso es la modernidad, añadimos, una imposición artificial sobre la libertad consuetudinaria, sobre la tradición popular, sobre la vida multiforme y rica del pueblo. La Plaza Mayor de aquel rincón de Castilla seguirá siendo llamada así por los oriundos, y Atocha, mal que le pese a la ministra, seguirá siendo Atocha a secas.

* * *

El amigo de mi enemigo... ¿Hacia la Tercera Guerra Mundial?

La guerra en Ucrania acelera el proceso de transición de un mundo unipolar a otro multipolar, con nuevos focos de poder como China e India

Gustavo Morales (*El Debate*)

Una pregunta frecuente en estos días: ¿vamos hacia la Tercera Guerra Mundial? En todo caso, esa guerra ya tuvo lugar en fascículos: Corea, guerras indo-paquistaníes, árabe-israelíes, Vietnam, irano-iraquí, africanas, iberoamericanas, Yugoslavia, etcétera. Las dos superpotencias durante la Guerra Fría no se enfrentaban directamente, sino a través de naciones interpuestas. Caída la URSS el nuevo enemigo fue el yihadismo islámico y, ahora, retorna Rusia como enemigo número 1 de la Alianza Atlántica.

Alianzas

En la actualidad hay dos grupos de alianzas. Por un lado, el mundo occidental que incluye la OTAN, el AUKUS y Japón; por otro, Rusia, China, Siria, Irán y Corea del Norte. Naciones como India, China y los Emiratos Árabes Unidos, se abstuvieron en la votación de una resolución en el Consejo de Seguridad de la ONU que condenaba la agresión rusa contra Ucrania. Tampoco han condenado la invasión Afganistán, Bangladesh, Bután y Sri Lanka.

India es la quinta economía del mundo en PIB y la segunda nación en población. Es, además, el segundo mayor comprador mundial de armamento, detrás de Arabia Saudita; según Business Standard, entre 2016 y 2020, casi la mitad de sus importaciones de armas llegaron de Rusia. Claro que hay que

recordar que Moscú veta las condenas de la ONU contra India por su represión en Cachemira. Con todo, cal y arena, Nueva Delhi forma parte de la Alianza Quad, con Estados Unidos, Japón y Australia, para



contrarrestar la progresiva influencia de China en la región. No es momento de regalarle aliados a Moscú. De ahí el silencio por la reciente visita del primer ministro de Pakistán, Imran Khan, a Moscú para reunirse con Vladimir Putin.

Es hora de considerar que el momento histórico conduce de un mundo unipolar a otro multipolar por la emergencia de nuevos polos de poder como China e India, que representan más de un tercio de la población mundial.

China, de perfil

Precisamente, los chinos analizaron el discurso del Estado de la Nación del presidente Biden el pasado uno de marzo. Shen Yi, profesor de Relaciones Internacionales de la Universidad de Fudan, considera que «las agencias de inteligencia de Estados Unidos emiten alertas tempranas correctas sobre la operación de Rusia, pero si la Casa Blanca no fue capaz de prepararse, la capacidad de Estados Unidos tiene problemas».

En su intervención, el presidente estadounidense advirtió que «transformar Estados Unidos nos pondrá en el camino para ganar la competencia económica del siglo XXI que enfrentamos con el resto del mundo, particularmente con China». Y recordó que le dijo al líder chino Xi Jinping que «nunca es una buena jugada apostar contra el pueblo estadounidense». De hecho, China representa más del 18% del PIB mundial y EE.UU. el 15,8 %.

Biden, aunque centrado en Rusia, mencionó a China dos veces durante su discurso, pero en temas de economía y tecnología, sin mencionar puntos calientes de geopolítica como Taiwán, Xinjiang o Hong Kong. Occidente es cuidadoso en ello, como dijo un oficial de la OTAN al profesor Elías Durán, «Rusia es un adversario y China, un competidor».

Fricción y conquistas

Los puntos de fricción son las fronteras con Rusia, Taiwan y las islas del mar de China meridional, Israel, el Sahel y el Magreb, África oriental, el golfo Pérsico y el sur de la Península Arábiga principalmente, aunque no los únicos. Son puntos de fractura donde el conflicto está presente.

Pero las nuevas conquistas globales no son de territorio, sino de influencia cultural y hegemonía económica y política. Dos ejemplos, en Oriente, turcos y persas compitieron por influir en las nuevas naciones de Asia Central; en Occidente, el asesor Zbigniew Brzezinski escribió en «El gran tablero mundial» que los medios audiovisuales de EE.UU. han hecho más por su ascen-

dente en el mundo que el Cuerpo de Marines.



Estados Unidos, con 27 empresas de medios y casi el 70% de ingresos mundiales, es quien domina el ranking de los 50 grupos audiovisuales más importantes del mundo, empezando por The Walt Disney Company, el conglomerado de medios de co-

municación y entretenimiento más grande del mundo. Pero esa es otra historia de la que ya hablaremos.

En cualquier caso, el resultado de un conflicto mundial sería la destrucción mutua asegurada dado que de un primer uso de armas atómicas tácticas de campo de batalla se pasaría al lanzamiento de misiles intercontinentales provocando un invierno nuclear que haría las delicias de los ecologistas porque, por fin, tendrían razón.

* * *

Jantipa o Del morir

Edith Stein (Sor Teresa Benedicta de la Cruz), que convivió y debatió con los grandes filósofos de su tiempo antes de entrar en la orden carmelita, protagoniza la primera novela de Ernesto Castro.

Juan Manuel de Prada (*XLsemanal*)

Nuestra época parece haber establecido como dogma inatacable que la literatura digna de tal nombre debe excluir las cuestiones de trasfondo religioso. Al escritor de nuestro tiempo ya no le basta con reconocer su agnosticismo: se ha vuelto mucho más militante y expeditivo, y proclama desafiante que Dios no existe; o que, si existió en otro tiempo, ha muerto, sin posibilidad de resurrección alguna. Y, puesto que Dios no existe, no tiene sentido que la literatura le dedique la más mínima atención, salvo si lo hace al estilo borgiano (es decir, tratando la teología como una variante de la literatura fantástica). Todo escritor que se precie y desee ser considerado en el cotarro cultural debe escribir obras en las que las inquietudes religiosas brillen por su ausencia, o en todo caso sean presentadas como una reliquia

de tiempos oscurantistas que asoma obstinada o patéticamente en personajes caricaturescos o protervos. Cualquier otro tratamiento de estas cuestiones se considerará enfrentado a los ideales estéticos imperantes.

El escritor de nuestra época, si desea ser bendecido por los repartidores de bulas, deberá escribir obras en las que se plasme la falta de sentido de la vida, donde se celebre el caos, donde la exaltación festiva o biliosa de las pasiones más destructivas se convierta en asunto predominante. Así que, acostumbrado a una literatura monótonamente execradora de Dios, me ha impresionado mucho la lectura de *Jantipa o Del morir* (Temas de Hoy), la primera novela del joven filósofo Ernesto Castro, a quien una vez conocí en la Biblioteca Nacional, mientras ambos nos quemábamos las pestañas con mamotretos polvorientos, y del que nunca más he vuelto a saber. *Jantipa o Del morir* está protagonizada por cinco mujeres que conversan, en un barracón de Auschwitz, sobre las más graves cuestiones filosóficas. Castro rinde en su novela un rendido homenaje



(evidente desde el título, pues Jantipa se llamaba la mujer de Sócrates) a los diálogos platónicos, muy especialmente al *Critón* y al *Fedón*, donde en torno a la muerte de Sócrates se reflexiona respectivamente sobre la justicia y las leyes y sobre la inmortalidad del alma. El papel

que en los diálogos platónicos representa Sócrates lo representa en la novela de Castro Edith Stein, la filósofa alemana conversa al catolicismo y después monja carmelita profesora, con el nombre de Teresa Benedicta de la Cruz.

Como es bien sabido, Edith Stein –hoy elevada a los altares– fue gaseada con cianuro de hidrógeno en el campo de Auschwitz, allá por agosto de 1942. Sobre esta base histórica, Castro imagina que varias compañeras de barracón –entre las que se halla la mencionada Jantipa y también la escritora francesa Charlotte Delbo– proponen a Edith Stein librarse de la muerte (o siquiera postergarla) mediante una triquiñuela, a lo que la carmelita se opone, como Sócrates se opone a huir para evitar la aplicación de su sentencia. Entonces Stein y las otras cuatro mujeres inician un diálogo que plantea cuestiones éticas y antropológicas muy hondas, desde la calificación moral de nuestros actos a la existencia de Dios, pasando por el problema del mal. Son todas, desde luego, cuestiones conexas que los personajes de Castro abordan desde perspectivas filosóficas diversas, en una polifonía de razonamientos a veces encontrados, a veces complementarios, que el autor además sirve con gracejo y desenvoltura, aderezados a veces de un humor muy osado (y aparentemente incongruente con la gravedad de los asuntos que se tratan y de la atmósfera sombría en que se desenvuelve la acción). Ernesto Castro abomina de la «misología» (el odio a los razonamientos) y el sectarismo propios de nuestra época; y desea que todos sus personajes puedan ser escuchados, que todas sus razones puedan ser atendidas, también las razones de Edith Stein, a quien el autor concede la última palabra. Frente al consejo de sus compañeras, Stein rechaza

evitar la muerte, pues concibe el Paraíso no como «una recompensa a la vida virtuosa, sino como una continuación infinita del goce en la existencia virtuosa». Y porque sabe que el martirio –y no la supervivencia– es la mejor garantía de que su testimonio sea fecundo.

Y, aunque el autor no quiere tomar partido, tácitamente da la razón a Edith Stein. Pues Jantipa, encargada de narrar la heroica y virtuosa muerte de la monja carmelita, se ha convertido entretanto –como ella misma nos confiesa, al comienzo de esta valiosa novela– a la fe católica. Sospecho que Ernesto Castro, secretamente, ha empezado a andar el camino que lleva a aquella «belleza tan antigua y tan nueva» a la que acabaría entregándose Agustín de Hipona. Y es tan insultantemente joven que, con un poco de suerte, ni siquiera tendrá que lamentarse: «¡Tarde te amé!».

* * *

La peligrosa «media verdad» de Pedro Ruiz a la llorosa María Casado

Afirmó Pedro Ruiz que es más difícil “limpiar que intoxicar”. El problema es que hay quien hace lo segundo con uniforme y fregona para disimular sus verdaderas intenciones

Rubén Arranz (*Vozpópuli*)

La presentadora de televisión María Casado está compungida porque su programa tiene poca audiencia y no pudo evitar las lágrimas durante su entrevista a Pedro Ruiz, emitida el pasado miércoles. Su interlocutor, que no calla –que lleva años sin callar– le comentó: «Te he dicho más de una vez que es mucho más difícil desintoxicar que intoxicar. Los medios ofrecen mucho más dinero ahora por intoxicar que por limpiar. (...) Tiene más mérito limpiar que ensuciar. ¿La audiencia? Los números no son el alma de la vida».



Uno de los ejercicios más difíciles de la vida es saber diferenciar lo que somos de aquello en lo que nos hemos convertido. Lo esencial de lo inevitable. Sería muy sencillo vivir sin tener la necesidad de sobrevivir. Sin intoxicar ni intoxicarse. Sin tener que actuar con la

nariz tapada o contra los propios principios para llevar comida a la mesa o para que no te arrase una corriente interna laboral. O para ocultar un error o una traición.

Con la supervivencia garantizada, sería muy fácil ser santo y estoico. Pero, querida María, tu entrevistado te ocultó que a veces toca limpiar, pero a veces nos vemos abocados a ensuciar y a ensuciar. Y sí, los números importan. Quizás no en la esfera privada, pero desde el momento en el que sales por la

puerta de tu casa son relevantes. Significan orden o buenos y malos resultados; o riqueza o ruina. Los números pesan más que tú y que yo. Que no importamos. O casi no...

La toxicidad mediática

¿Y en qué nos hemos convertido? Los medios, en un enorme cenagal del que emanan gases tóxicos. Se ha podido apreciar estos días: se desata una guerra en la Génova castiza y otra en Ucrania. Y se cavan trincheras con los cuchillos afilados que las sobrevuelan, se construyen empalizadas con páginas de periódico, se traiciona y se multiplica la mentira.

¿Y en la casa para la que trabajas, María? Es decir, ¿en RTVE? El otro día se levantó un tertuliano de un programa –Eduardo Serra– y acusó a su presentador de haber convertido el debate en una cacería contra el PP. No hace falta pensar en La Isla de las Tentaciones o en Supervivientes, como dijo Pedro Ruiz. A veces basta con mirar al plató de al lado. O a cualquier redacción periodística. Pero reitero: una cosa es lo que somos y otra, en lo que nos hemos convertido. Como periodistas, como empresas periodísticas... y como personas.

La verdad es que no está la cosa para tirar cohetes. Afirmó Pedro Ruiz que es más difícil «limpiar que intoxicar». El problema es que hay quien hace lo segundo con uniforme y fregona para disimular sus verdaderas intenciones. La filantropía contemporánea es, en parte, eso: pura jauja. Una capa de fondant



que se aplica sobre un alma que no es tan limpia como parece.

Se llega a aplaudir –de forma unánime, so pena de «vapuleo»– a quienes sólo ayudan a los demás si tienen a mano un palo selfie, no sea que alguien se

lo pierda. «Cuando, pues, des limosna, no hagas tocar trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados por los hombres», expresa el Evangelio. Aquí todo el mundo alaba al cocinero. Y a tantos otros que donan con altavoces en mano y notas de prensa.

Populismo urbanístico

Pedro, reconocerás que lo ponen a huevo. Si es que este jueves mismo se conocía que el Gobierno ha aprobado que la estación de Atocha se apellide «Almudena Grandes». ¿Crees siquiera que quien ha tomado esa decisión ha leído a la autora? Habría que ver incluso si no se pierde entre los párrafos si no se guía con el dedo índice. Puro politiquero. Un gesto para los suyos. El callejero, convertido en una pelea de moros contra cristianos en la que cada ejército trata de avanzar sobre el rival. ¿Pretende limpiar la memoria de alguien quien ha tomado esta decisión? ¿O intoxicar al rival? La respuesta nunca es tan sencilla.

Yo sé que la intención de esas palabras era simplemente la de consolar. Pero no merece la pena ocultar tanta y tan patética verdad. Casi era mejor haber tranquilizado a la Casado con la siguiente frase: hay que seguir hasta que la burra dé leche. Los números son importantes, pero hay quien aprende a vivir de forma tranquila pese a que estén en rojo. Ocurre en todos los ámbitos. Hay quien gasta 158 millones de euros en publicidad institucional y ni se sonroja. O quien engorda la deuda del Estado sin freno y anuncia en la prensa que hemos «salido más fuertes». O quien, en RTVE, acumula fracasos y no llora, sino que sonrío en las fotos. O algún que otro sindicato que habla o calla en función del buen o el mal trato que recibe por parte de la Dirección, sin que le importe un pimiento el rumbo de la empresa.

Hay quien se sienta en las mesas de tertulia a disertar sobre Ucrania sin tener ni pajolera idea y se lleva una morterada por ello. Y quien un día es urgenciólogo, otro habla sobre volcanes y, otro, sobre la liga de fútbol. A veces, no queda otra que tener poca vergüenza. Eso es más importante que limpiar o dejar de hacerlo. Luego, María, en casa, cada cual somos como nos parece. Lo importante es dejar en la puerta aquello en lo que nos ha tocado convertirnos.

* * *